

## Cuentos en la órbita del desarraigo

### *Los mares de la luna*

JUAN FERNANDO MERINO

Seix Barral, Bogotá, 2020, 170 pp.

NO HACÍA falta un prólogo –creo que a cualquier libro de cuentos le sobra– para indicarnos que el autor del libro *Los mares de la luna* ha sido un viajero consumado. El título del libro y la ilustración de portada bastarían para tentar al lector que confía en esos elementos paratextuales y emprende la lectura como un descubrimiento. En este libro de Juan Fernando Merino (Cali, 1954), valga el lugar común, el lector debe aprestarse a un viaje en el que perfectamente puede prescindir de ese lastre inicial que es el prólogo, para navegar sin predisposiciones y poder paladear los relatos sin que el perfil cosmopolita y políglota del autor se cuele por ahí y tanto distraiga haciéndonos pensar en qué tanto de autobiográfico hay en ellos.

Superado el prólogo, que en su inconveniencia logra sin embargo contextualizar a los lectores que apenas se topan con la obra de Merino, podemos avanzar hacia los relatos y dejar que hablen de eso que ya advertimos como el motivo principal de la colección: el viaje, los viajes. Estos son doce y, como suele ocurrir con los viajes, no todos son satisfactorios; algunos defraudan y nos agotan antes de que lleguen a su fin, pero en todos hay encuentros y desencuentros que nos dicen mucho de la forma como apropiamos y habitamos los espacios remotos, como lidiamos con la errancia y nos relacionamos desde las diferencias.

En el primer cuento, “Mar de olas”, un músico colombiano se une a otros de diversas partes del mundo para iniciar uno de esos proyectos que solo son posibles en un caldo de cultivo multicultural como el de Nueva York. El desarraigo los une y el hastío de la vida los separa. También la vida se encarga, en el cuento “Mar de la serenidad”, de que el idilio de Gonzalo Ampudia, veterano aeromozo de LAN Chile, con Pablo, joven profesor de música, sea tan efímero como una melancólica postal en blanco y negro.

El personaje de “Lago de la esperanza” se ve de un momento a otro envuelto

en una tragicomedia que rompe el equilibrio de su vida: su novia lo abandona y lo deja a cargo de una sobrina, y un buen día aparece un delirante tío extorero que les traerá otros dolores de cabeza.

¿Qué tan bien conviene conocer a los vecinos en una ciudad como Nueva York?, es la pregunta que subyace en la historia de “Mar de las islas”, uno de los cuentos que en su aparente sencillez entraña una gran profundidad.

Que en un cuento se nos informe o recuerde que existe el oficio de sexador de pollos, y que un personaje dedicado a ello viaje por tierras centroeuropeas para asistir a un congreso avícola en Bratislava, no deja de ser un exotismo, pero “Pantano de las nieblas” no se queda en eso y logra constituirse en un relato de gran consistencia y notable desenlace.

En “Bahía ardiente”, de los más cortos y mejor logrados, al autor le basta un párrafo para condensar la idea de la errancia y el azar como condicionantes de la vida y sus relatos:

Algún día se preguntará Gerald Higgins qué piezas del rompecabezas del cosmos se habrían conjugado para hacer posible una situación tan absurda, tan desesperada: un niño de doce años alto y muy tímido (él) sentado junto a un hombre completamente ebrio (su padre, el exitoso y adinerado industrial canadiense Robert Higgins) en el rincón de la cocina estrecha y ardiente de un humilde restaurante en las afueras de un pueblo africano. El padre fuma y mira hacia el suelo mientras espera a una mujer africana que conoció hace apenas un par de horas. (p. 149)

Y si de desencuentros se trata, en “Océano de las tormentas” el de la joven escritora Antonya Holbert con Lena Marie Lippitz, “la mayor exponente de las letras estadounidenses, sin distinción de sexo, género literario o generación” (p. 122), nos recuerda por qué a algunos escritores es mejor no conocerlos, solo leerlos.

Desposeídos, errantes, culpables, solitarios, compasivos, mezquinos, los personajes de estos cuentos cargan con equipajes más o menos pesados, y en los hostales, apartamentos, barrios o aldeas en que se encuentran de paso dejan siempre algo, algunos de sus

sueños, un poco de su grisura, de su humanidad. En la mayoría de historias son llevados a situaciones extremas, incluso dramáticas, pero hay matices humorísticos que alivian la solemnidad y acentúan el estilo vitalista de la narrativa de Merino. Aunque el exotismo de las geografías en que se ubican las historias pueda resultar deslumbrante, la construcción cerrada de los universos narrativos concentra la atención para que sean los personajes y sus conflictos inmediatos los que arrastren la fuerza de los relatos.

Cultor del género desde hace décadas, traductor y conocedor de diferentes tradiciones, Merino ha dicho que el cuento se caracteriza por una búsqueda, por abrir ventanas para hacerse preguntas. Y en estos cuentos sí que las hay, la mayoría sin respuesta, pero que impelen a otras búsquedas y reconocimientos. La intuición, las lecturas, las experiencias de viaje, los diálogos y el oficio confluyen en el resultado final que es *Los mares de la luna*, un título de narrativa en el que también orbita la poesía con esos nombres tomados de los cráteres de nuestro satélite, el cual también como sabemos sirve de guía para los viajeros e inspiración para los amantes.

El libro marca de alguna forma el regreso del autor a Colombia después de ir y venir por algunos de los parajes de estas historias. En el panorama del cuento colombiano, tan anclado en lo territorial y los temas locales, se aplaude que un autor revise su periplo en clave ficcional y explore todas las posibilidades que permite el género para cuestionar la inefable realidad de lo que implica irse y volver. Sobre la diferencia entre el turista y el viajero, Merino ha dicho: “El viajero sabe cuándo sale, pero no sabe cuándo y a dónde regresa, dónde se queda, a qué se dedica, dónde se enamora o dónde lo pierde todo”. “Amar” y “perder”, dos verbos que también se conjugan al viajar.

Juan Felipe Gómez